

Los dominicos y la “llave del conocimiento”: estudio y sabiduría¹

Paul Murray, OP

Se me ha pedido que, durante este tiempo de retiro, aborde un tema ya muy familiar para ustedes, el estudio y la vida dominicana. Es un tema sobre el cual, por supuesto, ustedes son casi la audiencia más informada imaginable. Entonces, ¿qué puedo esperar decir, esta mañana, que sea nuevo, que sea fresco, que sea de alguna manera útil? Todo lo que puedo hacer -y me siento honrado y humilde por intentarlo- es compartir con ustedes algunos pensamientos, algunos panes y peces de conocimiento. Por supuesto, ustedes mismos podrán aportar a todo lo que yo diga sus propios pensamientos, su propia comprensión y visión particulares, y eso me anima a empezar.

1

Acceder a la “llave del conocimiento”

¿Cuál es el motivo principal, la razón principal para ser enviados a Roma como frailes dominicos para estudiar en una u otra de las Universidades Pontificias? La respuesta es sencilla: se trata, por supuesto, de adquirir nuevos conocimientos. Pero, ¿en qué se diferencia este conocimiento del que buscan activamente los estudiantes de las universidades seculares, ya sea aquí en Roma o en cualquier otra parte del mundo? Hay una frase particular que Cristo utiliza en el capítulo 11 del Evangelio de San Lucas, una frase muy breve, pero que puede, creo, ayudarnos a responder a la pregunta. Esa frase es pronunciada durante una acalorada conversación que Cristo había mantenido con ciertos eruditos de su tiempo, un grupo de expertos en la ley. En un momento dado, con una pasión sorprendente, casi feroz, Cristo se refiere a algo que llama «la llave del conocimiento». Lo que tiene en mente no es, obviamente, una forma de conocimiento académico, meramente estático, sino un conocimiento que transforma, un conocimiento que tiene el poder de abrir una puerta a un nuevo mundo de verdad y libertad, un conocimiento que salva.

En un momento dado, cuando Cristo habla con los escribas, apenas puede contener su cólera. «Ay de vosotros -exclama-, doctos en la ley, que os habéis llevado la llave del conocimiento» (Lc 11, 52). La razón por la que Cristo está tan enojado es porque al grupo al que se dirige, los eruditos, aunque se les había ofrecido la magnífica oportunidad tener acceso a «la llave del conocimiento», no hicieron el esfuerzo necesario para ello. Fueron, al parecer, perezosos y complacientes. Es más, se las arreglaron para bloquear el camino a otros de su generación, presumiblemente no estudiosos, que claramente habrían querido entrar en la casa del

¹ Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 2023 en la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino de Roma (PUS-*Angelicum*), destinada primariamente a los frailes dominicos que actualmente realizan sus estudios en Roma.

conocimiento pero, de hecho, se les negó esa oportunidad. «Vosotros mismos -dice Cristo a los eruditos- no habéis entrado y habéis impedido que otros entren» (Lc 11, 52).

Algo de la urgencia de la afirmación de Cristo la encontramos repetida siglos más tarde por el Beato Jordán de Sajonia en una carta encíclica que envió a toda la Orden. Jordán estaba alarmado al descubrir que los jóvenes en formación no se comprometían lo suficiente con sus tareas académicas. Le preocupaba, en consecuencia, que no captaran la visión evangélica y se centraran, en cambio, en sus propios ejercicios de piedad y devociones privadas. Si lo hacen, advierte Jordán, los resultados serán graves. Además de "descuidar su propio beneficio", "privarán a muchas personas de una oportunidad de salvación, cuando podrían haberles ayudado en su camino hacia la vida eterna si hubieran estudiado adecuadamente".²

Un conocimiento informado por el Evangelio -conocimiento redentor- que, como sabéis, fue una preocupación inmediata y de primer orden para santo Domingo en los comienzos de la Orden. Y eso explica por qué envió a los jóvenes frailes a las diferentes universidades de Europa, actuando con una urgencia y rapidez notables. Obviamente, las circunstancias del momento habían hecho comprender a Domingo que había mucho en juego. Se dio cuenta de que la gente de su generación, como la de todas las generaciones, parecía carecer de una visión, no contando con la ayuda, en otras palabras, de lo que Cristo llama en esa pequeña frase reveladora, la «llave del conocimiento».

En lo que a vosotros respecta, cuando finalice el período de estudios en Roma y hayáis superado con éxito, esperemos, todos los exámenes, recibiréis un merecido título o diploma. Eso, por supuesto, no será una pequeña alegría, ni un pequeño logro. Pero hay algo más que deberían llevar de regreso a casa, y que es mucho más importante que un diploma. Un diploma o un título, después de todo, es algo para uno mismo. Pero si, por feliz providencia de la gracia y del trabajo duro, vuestros años en Roma os permiten al final acceder a «la llave del conocimiento», podréis volver a vuestros diferentes países y provincias con un don que es *para los demás*, un conocimiento vivo de Dios y del Evangelio que ayudará a abrir las puertas hacia una nueva libertad de espíritu, una nueva profundidad de comprensión, una nueva plenitud de vida.

2

Palomas y cuervos: Dos tipos de estudiantes

Aquino, en uno de sus comentarios bíblicos, contrasta dos tipos muy diferentes de estudiantes, a uno lo llama cuervo y al otro paloma. El «cuervo» es el estudiante cuyo único interés real es su propia realización y satisfacción intelectual. Por el contrario, el otro estudiante es desinteresado, una «paloma» de la caridad y la compasión, un hombre de oración, alguien que no sólo contempla, sino que desea, y con gran urgencia, compartir con los demás los frutos de su estudio y contemplación. La imagen de la paloma la encontró Santo Tomás, por supuesto, en el Libro del Génesis, la paloma que regresa rápidamente al Arca de Noé para llevar la buena nueva. Por el contrario, el cuervo, el académico o erudito ensimismado, no tiene ninguna preocupación particular por las necesidades de los demás, no es fuerte, no tiene ningún tipo de interés activo por lo que puedan estar sufriendo sus vecinos. Tomás escribe:

² Jordán de Sajonia, 'Encyclical Letter, May 1233', en *Early Dominicans*, pp.123-24.

El cuervo no volvió al arca. Pero la paloma regresó llevando una rama verde de olivo. Vuelan como cuervos aquellos que no vuelven al arca por el afecto de la santidad, pues no piensan más que en sí mismos, a saber, cómo podrían rastrear alguna verdad... Pero vuelan como palomas las que contemplan y se vuelven hacia el prójimo, enseñando lo que han contemplado, las que, con la rama verde de olivo en la boca, llevan como portadores el aceite de la misericordia, dedicándose al prójimo.³

Fr. Vincent Mc Nabb, un dominico de Irlanda pero miembro de la Provincia Dominicana Inglesa toda su vida, comentó una vez, mientras daba una charla a sus hermanos dominicos: «El mundo está esperando a aquellos que lo aman...». Si no amas a los hombres y a las mujeres, no les prediques a ellos, ¡predícate a ti mismo!⁴ A ninguno de nosotros, como frailes predicadores, se nos envía a Roma para centrarnos principalmente en nuestras propias carreras, o para impresionar a la gente en casa, o para explorar, por nuestro propio placer, algún área altamente especializada de la investigación académica. Sin embargo, si con el tiempo descubro que éste es, de hecho, el *principal* motivo que me impulsa en mis estudios, entonces me habré convertido, o pronto correré el riesgo de convertirme, en uno de esos cuervos egoístas de los que habla Santo Tomás. Es más, si durante el período de mis estudios no poseo al menos algo de la urgencia que sintió Domingo por la tarea de la predicación, si no soy contemplativo día a día de las graves y apremiantes necesidades de mis contemporáneos, y del significado de mi compromiso diario con el estudio en relación con esas necesidades, entonces, casi con certeza, me habré vuelto tan indiferente a las necesidades de los demás como los escribas y eruditos de la época de Jesús.

3

La hambruna espiritual

Al ser conscientes día a día de la situación verdaderamente desesperada de tantos de nuestros contemporáneos en el mundo, los estudios que estamos llevando a cabo aquí en el Angelicum, y en otros lugares de Roma, bien podrían parecer, en ocasiones, un tanto alejados de la realidad, una forma casi de autocomplacencia. Absortos en nuestras diferentes tareas académicas, podría parecer a una persona ajena que no tenemos ningún interés especial o preocupación por aquellos de nuestros contemporáneos que están más necesitados de ayuda. ¿Deberíamos, por tanto, considerar la posibilidad de abandonar todas nuestras actividades intelectuales y dedicarnos, en cambio, a responder lo mejor que podamos a las necesidades más apremiantes e inmediatas de los más pobres entre los pobres de nuestra sociedad? La expresión «los más pobres entre los pobres» me recuerda la vida y la obra de Santa Teresa de Calcuta. Recuerdo que hace muchos años, cuando estudiaba aquí en Roma para obtener la licencia en espiritualidad, invitaron a la Madre Teresa a venir a hablar durante media hora en una de nuestras clases. Habló primero de su trabajo y del hambre y la degradación de la gente pobre a la que ella y sus hermanas servían en Calcuta y en otros lugares. Pero luego dijo a la clase algo que nunca olvidaré:

³ Salmo LIV:5, Busa, vol. 6, p. 128.

⁴ Dicho por McNabb durante un retiro en 1927. Véase: G. Vann O.P. (ed.), *An Old Apostle Speaks: Father Vincent McNabb O.P.* (Oxford 1946) p.3.

No mires por encima del hombro la pobreza de Calcuta y el trabajo que intentamos hacer allí. En lugar de eso, date cuenta de que la tarea que Dios te ha dado para estos años es dedicar toda tu atención a la tarea del estudio. Esa es vuestra vocación aquí y ahora, esa es vuestra llamada. Sí, los pobres del mundo están hambrientos de comida, pero hay otro tipo de hambre en el mundo, y no es menos profunda, ni menos terrible. La gente está desesperada por conocer el sentido de su vida, está hambrienta del conocimiento salvador de Dios, está hambrienta de la verdad que da sentido, de la verdad que salva y libera. ¿Quién responderá a esa necesidad, quién responderá a esa hambre, si personas como vosotros no dedicáis toda vuestra atención, durante estos años privilegiados, a una comprensión cada vez más profunda de la visión evangélica? No os distraigáis de vuestra tarea mirando por encima del hombro a la pobreza de Calcuta. Atiendan aquí y ahora a esa otra grave hambre de espíritu que existe en todas partes del mundo. Ocupaos de la tarea necesaria que Dios os ha encomendado.

Sí, en efecto, el hambre puede adoptar formas muy diversas. El Beato Humberto de Romans, en su *Tratado sobre la predicación*, llama nuestra atención sobre un profundo hambre en la sociedad que nunca debería pasarse por alto. «No sólo de pan vive el hombre», afirma repitiendo las palabras de Cristo, «sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Por tanto, Humberto afirma sin vacilar: «Si falta la predicación, hay hambre espiritual».⁵

Si hoy, como frailes predicadores, queremos hacer frente a esa carestía, deseosos de llevar a nuestros contemporáneos, espiritualmente hambrientos, la limosna de la verdad, el pan del sentido, necesitamos ante todo alimentar nuestra propia mente con ese pan, con esa verdad. Necesitamos, en otras palabras, tan pronto como seamos conscientes de nuestra propia pobreza, estudiar a fondo la Palabra de Dios, no como un mero texto aislado, sino como una verdad viva, una sabiduría que habla como ninguna otra cosa en la tierra a las necesidades de la hora presente. Porque en ninguna parte del mundo se puede encontrar una enseñanza que preste una atención más completa y precisa a las necesidades más urgentes de nuestros contemporáneos.

4

La gracia de la atención

«Atención», esa palabra aparece varias veces en un notable documento sobre el estudio enviado por Simone Weil en 1942 a su amigo y confidente espiritual, el padre dominico francés Perrin. Se titula «Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares con vistas al amor de Dios». En un momento dado, hablando de la utilidad de los estudios, Weil se atreve a decir: «El desarrollo de la facultad de la atención constituye el verdadero objeto y casi el único interés de los estudios».⁶ Y añade: «Quien pasa por años de estudio sin desarrollar esta atención en sí mismo, ha perdido un gran tesoro».⁷

⁵ Humberto de Romans, 'Treatise on the Formation of Preachers,' in: Simon Tugwell (ed.), *Early Dominicans: Selected Writing* (New York 1982) p.189.

⁶ Simone Weil, *Waiting on God*, translated by E. Craufurd (Glasgow 1983) p.66.

⁷ Ibid., p.75.

En la misma línea, San Alberto Magno, en una de sus homilías, habla de la necesidad de prestar una atención muy particular a las necesidades de los demás. Comentando la invocación de San Pablo en Romanos 12, 15, «Alégrate con los que se alegran, llora con los que lloran» Alberto escribe: «[San Pablo] quiere decir que [...] debes hacer que tu corazón sea como el corazón de tu prójimo, de modo que cuando él esté feliz, tú estés feliz, y te aflijas con él cuando esté afligido».⁸

Lo que podríamos llamar el don o la gracia de la atención se describe para nosotros en las Actas del Capítulo General de Providence (2001) con una breve frase reveladora: «compasión intelectual». Lo que la frase sugiere es que el punto esencial del estudio dominicano es ser capaz de compartir con otros no simplemente la verdad en su objetividad impasible y desapegada, sino la verdad en su forma más dinámica -la verdad, en otras palabras, en la forma de una atención profundamente inteligente y profundamente creativa. *Misericordia Veritatis es la* expresión utilizada en el texto para describirla: «la misericordia de la verdad». «El estudio -se nos dice- nos ayuda a percibir como propias las crisis, las necesidades, los anhelos y los sufrimientos humanos». Y más aún: «La misión intelectual de la Orden nos llama a compartir no sólo el “*gaudium et spes*” [la alegría y la esperanza], sino también el “*luctus et angor*” [el dolor y la angustia] de nuestro tiempo».⁹

Esa idea no es, por supuesto, una idea nueva. Expresa, de hecho, la comprensión manifiestamente sabia del tema poseída hace muchos años aquí en el Angelicum por el Beato Jacinto Cormier - la visión que Cormier tuvo del estudio dominicano cuando ayudó a refundar nuestra universidad. Cormier escribió, y sus palabras saltan de la página cuando las leemos: «El estudio de los libros sagrados [de las Escrituras] exige de nosotros que adquiramos las entrañas de la misericordia y las extendamos».¹⁰

5

Estudio, libertad y santidad

Con demasiada frecuencia, en la espiritualidad contemporánea se nos anima a creer que es el corazón el que nos acerca a los afligidos, no la mente ni la inteligencia. En consecuencia, el tiempo dedicado al estudio puede percibirse como un obstáculo para ayudar a los necesitados y también para la búsqueda de la santidad. A veces incluso se nos anima a hacer un viaje, un éxodo, hacia afuera del cautiverio del así llamado intelecto seco y gris, hacia las fuentes frescas y vivas del corazón.

Este dualismo, sin embargo, entre cabeza y corazón es algo bastante ajeno al espíritu y al entendimiento dominicanos. La bondad puede considerarse ciertamente como la santidad del corazón, ya que de ahí brota la caridad. Pero el pensamiento serio sobre el Evangelio y sobre el mundo en que vivimos, puede ser en sí mismo también una forma de santidad, y una forma necesaria. En consecuencia, los dominicos de todos los tiempos han tendido a insistir en que no puede darse un serio despertar a Dios sin un despertar en la mente. Porque, como discípulos de la Palabra, descubrimos al final de nuestros estudios - si no al principio de ellos

⁸ St Albert the Great, in: *Recherches de Théologie Ancienne e Médiévale* (1969) p.121; citado en: S. Tugwell (ed.), *Albert and Thomas*, (New Jersey 1988) p.36.

⁹ Prólogo, 'La vida intelectual', *Actas del Capítulo General electivo de la Orden de Predicadores, Providence 2001*, n° 109 (Roma 2001) p.46.

¹⁰ Gilles Berceville y Guy Bedouelle (eds.), *Le Père Cormier: Être à Dieu*, (Paris. 1994) p.128.

- que, mientras que la bondad puede ser la santidad del corazón, la verdad es la santidad de la mente.

Una parte no pequeña de la disciplina intelectual exigida a los dominicos que son llamados a realizar estudios superiores es lo que llamamos en sentido propio el estudio, o la dedicación académica¹¹. Pero, ¿qué papel juega exactamente el estudio académico en la vida de la Orden y en la vida de la Iglesia? ¿Cuán crítica es su contribución? Simon Tugwell, en un breve pero perspicaz artículo titulado *Scholarship, Sanctity and Spirituality*, señala que «el estudio académico ayuda a mantener abiertas o a reabrir las opciones que existen realmente en la Iglesia».¹² Recuerda el hecho de que Teresa de Ávila siempre prefirió directores doctos a los meramente piadosos. «Los directores espirituales pero indoctos estaban constreñidos por su propia experiencia; sólo conocían una manera de ser cristiano». Por el contrario, «los directores doctos... eran más libres precisamente por su saber, más *libres* para reconocer como legítimos modos de ser cristianos los que no formaban parte del ethos imperante».¹³ La realidad es, por supuesto, que la gente a menudo se deja llevar por las modas de su propia época. Y esto vale para la espiritualidad como para todo lo demás. Por lo que el estudio, en el mejor de los casos, puede ayudarnos a ver es que la auténtica tradición evangélica no está limitada por las modas dominantes de pensamiento y sentimiento de una generación concreta.

6

La aventura de estudiar

El ejemplo más notable, en la historia dominicana, de un erudito y teólogo cuyo trabajo ayudó a liberar a su propia generación y a las posteriores de la tiranía de una visión única, es Santo Tomás de Aquino. Su primer biógrafo, Guillermo de Tocco, subraya la novedad del enfoque de Tomás en casi todo. «En sus conferencias -escribe Tocco- planteó *nuevas* cuestiones y descubrió una forma *nueva* y clara de resolverlas, y utilizó *nuevos* argumentos para llegar a estas soluciones».¹⁴ Una parte importante de nuestra herencia como dominicos es la tradición tomista, un regalo, una herencia, de un valor casi incalculable. Pero, huelga decirlo, ni el tomismo ni su texto más célebre, la *Summa theologiae*, deberían presentarse nunca como un libro fijo de respuestas. Eso sugeriría a los estudiantes de filosofía y teología, empeñados en la búsqueda de la verdad, que ya no queda ninguna aventura, como si la verdad misma, hace siglos, ya hubiera sido plenamente conocida, sistematizada y expresada en fórmulas eternamente fijas.

Esto no era lo que Tomás de Aquino creía -ni por un momento- y tampoco fue la visión de dominicos posteriores a él como Catalina de Siena, Juan Taulero, Bartolomé de Las Casas, Garrigou-Lagrange e Yves Congar. En este contexto, me parece bastante triste, pero también algo hilarante, recordar un comentario hecho sobre la *Summa*, hace varias décadas, por cierto arzobispo dominico. Dirigiéndose a un grupo de novicios, declaró: «Aseguraos todos de leer la *Suma* de Aquino. Contiene cincuenta y seis mil respuestas a todos los que critican a la Iglesia católica». Santo Tomás, si oyera esa declaración, ¡seguro que se revolvería en su tumba!

¹¹ En este contexto nos parece oportuno traducir con estas expresiones la palabra “*scholarship*”; véase la nota siguiente (N.d.t.).

¹² Simon Tugwell, O.P., *Scholarship, Sanctity and Spirituality*, Discurso pronunciado en la Universidad Gonzaga de Estados Unidos y publicado en forma de folleto (Spokane 1983) p.3.

¹³ Ibid.

¹⁴ Guillermo de Tocco, *Vita S. Thomae Aquinatis*, in: *Fontes Vitae S. Thomas Aquinatis*, Fasciculus II, ed. D. Prümmer (Toulouse 1924) p. 81.

¿Cuál debería ser, entonces, el objetivo de los frailes dominicos que estudian en Roma? En primer y último lugar debe ser, por supuesto, crecer en el conocimiento de la tradición dogmática y espiritual viva de la Iglesia, algo que requiere no sólo trabajo duro y un sano espíritu de investigación apasionada, sino también un espíritu fundamental de humildad. Sin embargo, para que se produzca un verdadero crecimiento, lo que también debe estar en juego, en este proceso de aprendizaje, son las preguntas provocadas por la propia experiencia del estudiante. En el Octavo de los *Nueve modos de orar* de Santo Domingo, tenemos un ejemplo impresionante de un hombre que lleva todo su ser -mente, corazón y espíritu- a un lugar de reflexión y oración, un hombre obviamente a gusto con Dios y, por lo tanto, sin miedo a expresar cualquier pensamiento o sentimiento que pueda surgir. «Era como -leemos- si estuviera discutiendo con un amigo; en un momento parecía impaciente, moviendo la cabeza enérgicamente; luego parecía escuchar en silencio; después se le veía discutir y forcejear... y después volvía a hablar en voz baja y a golpearse el pecho».¹⁵

Aunque Domingo, se nos dice, se ha sentado a leer un libro, está claro que no está inmerso en un estudio formal. Es más bien meditación o *lectio divina*. Sin embargo, el espacio, la reverencia, que Domingo presta aquí a sus propios pensamientos y sentimientos en la búsqueda de Dios debería, creo yo, alentar a aquellos de nosotros involucrados en la tarea del estudio a no descartar como algo distractor o sin importancia las preguntas que también surgen del peso y la presión de nuestra propia experiencia. Permitir este tipo de compromiso personal con la autoridad y el genio de la gran tradición es lo que, más que ninguna otra cosa, ayuda a transformar la tenaz tarea del estudio en una aventura.

7

Del conocimiento a la sabiduría

Hoy en día nos encontramos rodeados de muchas nuevas formas de aprendizaje y medios sociales, todos ellos compitiendo por nuestra atención: páginas web, archivos de audio, YouTube, Twitter, Facebook, etcétera. Estamos asistiendo a lo que se ha dado en llamar, y con razón, una «explosión de la información». Es un «tsunami» virtual de *conocimiento*. Y, sin embargo, toda la información del mundo nunca se sumará a ese conocimiento iluminado, a la vez simple y profundo, que llamamos sabiduría. Hace muchos años, el poeta T.S. Eliot planteó una pregunta que, en mi opinión, sigue siendo tan aguda y pertinente como siempre:

¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?

¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?¹⁶

Se podría decir que la sabiduría es el conocimiento que entra directamente en el torrente sanguíneo y cambia la vida de un hombre. Afecta a todo su ser. Y ése, huelga decirlo, es el tipo de conocimiento que, a lo largo de los siglos, transformó la vida y los escritos de los santos dominicos que más admiramos. Si, en este momento, pudiéramos hablar directamente con el Aquinate y preguntarle cómo pudo llegar a ser tan gran estudiante, un hombre de sabiduría tan verdaderamente profunda, no me cabe duda de que daría la misma respuesta que dio hace siglos a sus hermanos dominicos, a saber, que «la oración y la ayuda de Dios le

¹⁵ *The Nine Ways of Prayer of St Dominic*, Prayer 8, en: *Early Dominicans*, p.101.

¹⁶ T.S. Eliot, "Chorus from the Rock", in: Id., *Complete Poems and Plays* (London 1952) p.96.

habían sido de mayor ayuda en la búsqueda de la verdad que su inteligencia natural y su hábito de estudio».¹⁷

La sabiduría es el conocimiento más crítico cuando se trata del apostolado de la predicación y la enseñanza. Entonces, ¿cómo debemos prepararnos para recibir ese don, esa gracia? ¿Existe un modo, una práctica, que pueda ayudar a que el conocimiento se transforme en sabiduría? La respuesta es, por supuesto, una que ustedes conocen bien. Es la humilde práctica cotidiana de la oración privada y, con ella, el don, el desafío también de mantener la fe día a día con la práctica dominicana ordinaria de la oración comunitaria.

La tarea del predicador se resume sucinta y brillantemente en la frase «*contemplata aliis tradere*», transmitir a otros las cosas contempladas.¹⁸ Parte de esa tarea, una gran parte, implica la adquisición, a través de un estudio devoto, de conocimientos sobre el Evangelio que luego estamos felices y dispuestos a comunicar a los demás. Pero esto no describe la totalidad de la tarea, ni mucho menos. Porque la frase «*contemplata aliis tradere*», si no se entiende correctamente, puede dar fácilmente la impresión, la impresión *equivocada*, de que los predicadores, mientras reflexionan sobre los misterios de la fe, permanecen en supremo y completo control del proceso, sentados en su escritorio, por así decirlo, y tomando notas educadas sobre el Evangelio para transmitir la información a los demás.

En la preparación para la predicación, sin embargo, llega un momento en el que se nos exige algo más como predicadores. Porque la oración honesta tarde o temprano requiere que, durante el tiempo de oración, salgamos de nuestra zona de confort, y estemos dispuestos, a la manera de Santo Domingo en la oración, a asumir un riesgo. Requiere que me presente ante Dios tal como soy, desnudo y deseoso, vulnerable y necesitado. Esto implicará, sí, una búsqueda definida de Dios por mi parte, y una contemplación de Dios. Pero implicará también, y mucho más importante, que Dios me contemple, que la luz, el amor y el poder de Dios impacten en mi corazón y en mi alma, en mi mente y en mis sentidos. Mucho más importante, por tanto, que mi búsqueda de Dios es el hecho de que Dios me busque a mí, que Dios escudriñe mi corazón, que Dios ponga a prueba mi corazón, y que Dios me exija como predicador.

De los muchos retos a los que nos enfrentamos hoy como predicadores, quizá el más exigente de todos sea la llamada a adentrarnos en la brecha de la oración y, de algún modo, encontrar el valor para permanecer inmóviles en el resplandor del escrutinio divino, expuestos en toda nuestra fragilidad y quebranto humanos. Es allí, en ese lugar que puede parecer y sentirse a veces tan oscuro, frío y vacío, donde la luz y el fuego tienen su fuente: la luz del conocimiento de Dios y el fuego de la gracia de la predicación.

Antes me he referido a los eruditos de la época de Jesús, que no supieron aprovechar la gran oportunidad que se les brindaba de apoderarse de la llave del conocimiento. Por el contrario, lo que me ha impresionado a lo largo de los años, en relación con los frailes estudiantes que han venido a Roma para ampliar sus estudios, es que, casi sin excepción, han estado más que dispuestos a aprovechar con ambas manos la oportunidad que les brindaba la Orden. Sin embargo, si hay una crítica que hacer, y es una crítica que me hago a mí mismo, es que a veces nos centramos tan intensamente en nuestras tareas académicas, que corremos el riesgo de pasar por alto otros retos clave y otras necesidades, no menos importante entre ellas la

¹⁷ Bernard Guidonis, *The Life of St Thomas Aquinas*, 15, ed., Kenelm Foster (London 1959) p.37.

¹⁸ *ST*, III. q.40, a.1, ad 2.

necesidad de una oración constante y dedicada. Después de todos nuestros años de estudio en Roma, sería una verdadera lástima que volviéramos a nuestras provincias decididamente más informados que antes, sí, y con más conocimientos, sí, y más manifiestamente inteligentes, pero quizá ni un ápice más sabios.

Nadie se dedicó más al estudio que el hermano Tomás de Aquino. Pero siguió siendo toda su vida un hombre de profunda y humilde devoción. Comprendió claramente que una vida dedicada exclusivamente a la tarea del estudio era una vida arriesgada. Según uno de sus contemporáneos, Bernardo Gui, «para compensar la aridez que tan a menudo es el resultado de un pensamiento especulativo abstracto y sutil».¹⁹ El hermano Tomás dedicaba cierto tiempo a la lectura de obras que hablaban más al corazón que a la cabeza, textos, por ejemplo, de los padres del desierto. Esta humilde práctica, continúa Gui, «hacía bien tanto a su corazón, aumentando la devoción, como a su intelecto, profundizando en sus consideraciones».²⁰

Cuando un erudito adopta un enfoque exclusivamente científico o académico tanto de la vida como del trabajo, casi inevitablemente el resultado es una infeliz torpeza y sequedad de espíritu, una atrofia de las facultades. Esto le ocurrió, hace dos siglos, al gran científico inglés Charles Darwin. En su autobiografía hace la siguiente sorprendente confesión: «Mi mente -escribe- parece haberse convertido en una especie de máquina para moler leyes generales a partir de grandes colecciones de hechos».²¹ ¡Qué sombrío destino para un erudito! Sólo podemos esperar y rezar para que ningún tomista, joven o viejo, se encuentre alguna vez adoptando un enfoque tan frío y maquinal de la aventura del estudio y la investigación.

Por lo que se refiere a las actividades intelectuales en general, se requiere de nosotros que, en nuestros estudios, seamos tan rigurosamente científicos como sea posible, y tan concedores como sea posible también de las doctrinas salvíficas de la tradición católica ortodoxa. Pero se requiere algo más, sobre todo si estamos llamados a ser predicadores. Es algo sobre lo que San Juan Pablo II ha llamado especialmente la atención. En su obra semiautobiográfica *Donum et Mysterium*, escribe: «El ministro de la Palabra debe poseer y transmitir ese conocimiento de Dios que no es un mero depósito de verdades doctrinales, sino una experiencia personal y viva del misterio».²²

Todos nosotros somos conscientes, creo, de la brecha que existe entre el mero conocimiento académico y el conocimiento que es la experiencia viva de la fe. Lo que siempre me ha impresionado de los maestros y predicadores de la Orden de Domingo que más admiro es que, aunque todos ellos, como nosotros, experimentaron al principio la aguda y humillante conciencia de la distancia “entre saber y saber con toda el alma”,²³ aprendieron con la ayuda de Dios, a lo largo de toda una vida de entrega a las exigencias del estudio, la vida fraterna y la vida de oración, a abolir esa distancia.

8

La Sabiduría y la Cruz

¹⁹ Ibid., p.38.

²⁰ Ibid.

²¹ *Charles Darwin: His Life told in an Autobiographical Chapter and in a Selected Series of his Published Letters*, ed. Francis Darwin (New York 1893) p.54.

²² Pope John Paul II, *Gift and Mystery: On the Fiftieth Anniversary of My Priestly Ordination* (New York 1996) p.111.

²³ Una frase del filósofo francés Gustav Thibon. Aparece en su Introducción a *Gravity and Grace* de Simone Weil, trans. Arthur Wills (New York 1952) p.5.

Es la oración, como ya se ha dicho, lo que más ayuda a transformar el conocimiento en sabiduría. Pero hay algo más que también puede lograr, creo yo, ese mismo tipo de transformación. Es la realidad de la cruz en nuestras vidas. John Henry Newman, *St John*, dice del predicador que si nunca ha sufrido realmente en su vida, casi inevitablemente predicará sermones superficiales, utilizando la Palabra de Dios «para sus propios fines».²⁴ En efecto, hablará de sí mismo. A continuación, Newman comenta, y sus palabras son memorables: «Pero si su corazón se ve arado por una pena aguda o una profunda ansiedad, la Escritura será un libro nuevo para él».²⁵

Las dificultades y desafíos que experimentamos como frailes estudiantes aquí en Roma, aunque puedan parecer leves comparados con los sufrimientos de otros, son sin embargo muy reales. Para algunos, la prueba es el hecho de vivir lejos de casa en un país extranjero, y estar privados, por lo tanto, de la normalidad de un apostolado dominicano activo. Para otros, la prueba pueden ser los estudios mismos, el reto de enfrentarse a temas nuevos y difíciles y también, admitámoslo, ¡con profesores nuevos y a veces difíciles! Me parece alentador observar aquí que el propio Tomás de Aquino se enfrentó a sus propios retos como joven fraile estudiante. Ha sobrevivido un manuscrito de mano de Tomás, un fragmento de una copia de Tomás de un comentario compuesto por Alberto Magno sobre el Pseudo-Dionisio.²⁶ En treinta y ocho líneas de manuscrito, hay un sorprendente número de errores cometidos por Tomás. En un momento dado, el joven erudito incluso omite una línea entera. Lo que estamos presenciando aquí es al gran Aquinate como un joven estudiante falible, un joven dedicado a su tarea pero, como el resto de nosotros, ¡no siempre capaz de acertar!

Un sabio dominico me comentó hace años que, si un hermano tiene un problema de algún tipo, no importa cuál sea, y viene a Roma a estudiar, Roma sacará ese problema a la superficie. Bueno, es una exageración, por supuesto, pero puede que haya algo en ello de todos modos. Al encontrarnos lejos de la presión ordinaria y feliz del apostolado en casa, no es de extrañar que empecemos a sentir como si nuestras vidas estuvieran de algún modo suspendidas. Como resultado, podemos ser golpeados por un nuevo e inesperado sentido de vulnerabilidad y, junto con eso, por algunos golpes punzantes de autoconocimiento. Esto puede ser humillante, por supuesto, pero los nuevos conocimientos adquiridos en el proceso pueden ser, en mi opinión, tan importantes como todos los nuevos conocimientos académicos que hemos ido adquiriendo.

Las luchas a las que nos enfrentamos día a día en nuestras vidas y en nuestros estudios, e incluso los fracasos reales en ocasiones para alcanzar nuestros objetivos académicos, podrían tener al final tanto valor como nuestros logros. ¿Por qué? Porque ayudan a despertar en nosotros la gracia de la atención a los demás. Nuestras dificultades, señala el Aquinate en la *Summa*, nos ayudan a afligirnos por las desgracias ajenas como si fueran propias. Muy diferentes, dice, son aquellas personas que siempre tienen éxito, «aquellos que se consideran tan afortunados y poderosos que se imaginan que ningún mal puede sucederles: los tales no tienen piedad». Y Tomás concluye: «Así, siempre hay alguna carencia en nosotros que nos mueve a la misericordia (*semper defectus est ratio miserendi*)».²⁷

²⁴ John Henry Newman, *An Essay in Aid of a Grammar of Assent* (London: Burns, Oates & Co, 1874) p.62.

²⁵ Ibid.

²⁶ Leonard Boyle habla de este manuscrito en particular en su ensayo 'St Thomas Aquinas and the Third Millennium.' Véase *Omnia disce: Medieval Studies in Memory of Leonard Boyle, OP*, ed. Anne J. Duggan y Joan Greatrex (New York 2005) pp.294-95.

²⁷ *ST*, II II, q.30, a.2.

Es natural, por supuesto, rezar para que este «defecto» sea eliminado. San Pablo, lo sabemos, sufrió lo que él llamaba «una espina en su carne». Tres veces suplicó al Señor que le librara de 'la punzada y la resistencia de su carne', pero sin éxito. Dios Padre, abordando directamente el dilema de Pablo en *el Diálogo* de Catalina de Siena, hace la siguiente declaración notable:

¿Podría y no puedo hacerlo de otro modo para Pablo y los demás en quienes dejo tal o cual pinchazo? Sí. Entonces, ¿por qué hace esto mi providencia? Para darles la oportunidad de hacer méritos, para mantenerlos en el conocimiento de sí mismos de donde sacan la verdadera humildad, para hacerlos compasivos en vez de crueles hacia sus prójimos, de modo que simpaticen con ellos en sus trabajos. Porque los que sufren son mucho más compasivos con los que sufren que los que no han sufrido.²⁸

9

Sabiduría y alegría

Si el Aquinate estuviera aquí con nosotros esta mañana, y diera la charla, ¿qué nos diría? Bueno, no me cabe duda de que nos animaría a dedicarnos de todo corazón a la tarea del estudio, y a hacer de ella, en la medida de lo posible, una alegría y una aventura. Pero Tomás también nos señalaría, como hace en la *Summa*, que hay momentos en los que necesitamos parar y «aflojar la tensión del estudio mental».²⁹ De lo contrario, el estudio podría convertirse para nosotros en una pesadez y una opresión. Recomienda, por tanto, a modo de pausa, lo que nos proporcione el placer y el deleite más evidentes. En nuestro caso, lo que nos viene inmediatamente a la mente es el deporte, escuchar música o ir de excursión por las colinas de Roma. Yo añadiría a esa lista encontrar tiempo también para leer más allá del propio campo limitado de interés académico, leer gran literatura, por ejemplo, grandes novelas y gran poesía y, de ese modo, mantener frescos los resortes del corazón y la imaginación.

Hace muchos años, cuando el dominico irlandés Leonard Boyle estudiaba en Oxford, se encontró con un texto de Hugo de San Víctor que le animó a mantener la mente y el corazón abiertos a mundos ajenos a su especialidad. Ese texto, en el latín original, puede verse ahora inscrito en la tumba de Leonard en la iglesia baja de San Clemente, aquí en Roma. En latín, el texto comienza "*Omnia disce*". Su traducción al español es: «Apréndelo todo. Después descubrirás que nada tiene desperdicio. Una ciencia estrecha no es alegre».³⁰ La mención de alegría o incluso de la «diversión (*fun*)» es reveladora. Es quizás un ingrediente inesperado pero clave en la espiritualidad dominicana desde el principio. Está ahí en la *Vita fratrum*, y está ahí en la *Summa*. Por lo tanto, Aquino estaba completa y felizmente en línea con el espíritu y la tradición dominicana cuando, en la *Summa*, tomó en cuenta a aquellas personas que son tan serias consigo mismas que nunca dicen nada risible o divertido (*nec ipsi dicunt aliquid ridiculum*), pero en cambio siempre están tratando de obstruir la diversión o la diversión de los demás.³¹ Según Tomás, estas personas no sólo son una compañía desagradable, sino que también son moralmente sospechosas. Escribe: «Aquellos que carecen de sentido de la diversión [*in ludo deficiunt*"] y que nunca dicen nada ridículo o gracioso,

²⁸ St Catherine of Siena, *The Dialogue*, 145, trans. Suzanne Noffke (New York 1980) p.305.

²⁹ *ST*, II- II, q.168, a.2.

³⁰ Hugh of St Victor, *Didascalicon* 6.3, ed Buttimer, 113-17, traducido por Franklin T. Harkins, en: *Interpretation of Scripture: Theory*, ed. F. T. Harkins and van Liere, p.166.

³¹ *ST*, II II, q.168, a.4.

sino que generan pena en los que hacen bromas, no aceptando ni siquiera la modesta diversión de los demás, no son moralmente correctos [“*vitiosi sunt*”]». ³²

*

Esta mañana estamos aquí juntos en retiro. Si estuviéramos en un aula, y no en retiro, hay muchas cosas que Tomás de Aquino querría sin duda decirnos. Pero, de momento, creo que merece la pena preguntarnos qué le gustaría decir a Tomás aquí y ahora si le invitáramos a hablar. Hay una frase en particular que me viene a la mente. Es del comentario de Tomás a la carta de San Pablo a los Filipenses. Tomás opta en ocasiones por parafrasear a Pablo, pero en esta ocasión va más allá y amplía el texto, traicionando la fuerza y la profundidad de su pasión como erudito y predicador por comunicar a los demás algo de la tremenda gracia y libertad que experimenta al conocer a Cristo Jesús.

Permitidme, pues, que ponga fin a esta charla leyendo el propio texto, la afirmación que, estoy persuadido, Tomás querría decirnos a cada uno de los que estamos aquí esta mañana de retiro: «Anhelo que estéis en el corazón mismo [literalmente “en las entrañas”] de Cristo Jesús, es decir, para que le améis íntimamente y para que seáis amados por él; pues en esto consiste la vida humana». ³³

³² Ibid.

³³ *Super epistolam ad Philippenses lectura*, cap. 1, lect. 2, 15, en *Super epistolas*, Vol 2, p.93.